

vinieron, después de largos combates con la enemiga suerte, con el infortunio implacable, á buscar por último y extremo consuelo la sombra del árbol de vida, que cobija á los hombres de buena voluntad.



RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

MARÍA ANTONIETA ¹

UN siglo ha transcurrido desde el año que Víctor Hugo calificó de *titán*, y la cifra de 93, al frente de cartas, libros, periódicos y revistas va á traerme incesantes históricos recuerdos—á modo de vaharadas de aire saturado de sangre,—y me estimulará á que ejercite la pluma en lo que ocupa la memoria y el entendimiento.

Ha pasado el Centenario áureo, el de América y Colón: estamos en pleno Centenario rojo.

No hay fantasía capaz de inventar tipos y sucesos semejantes á los de aquellos gran-

¹ Este artículo fué publicado en *El Imparcial*, y lo reproduzco á título de curiosidad, porque se le dió entonces un alcance y un sentido que en modo alguno quise yo ni imaginé que tuviese, y en efecto no tiene.

des días trágicos. Verdugos y víctimas compiten en terrible fuerza ó en delicadísima hermosura. Si lo poético, lo elegiaco, la compasión y la piedad bastasen para arraigar una dinastía y cimentar una forma de gobierno, la monarquía de los Borbones hubiese sido indestructible en Francia después de la revolución.

Verdaderamente la familia mártir pudo decir, al narrar su historia, lo que el padre infeliz del poema dantesco: "Si no lloras por lo que te cuento, dime por qué sueles llorar."

Acaso la víctima menos llorada fué el rey. La reina, en cambio, arrancó ríos de lágrimas, hizo latir los corazones y supo marchar al suplicio de tal suerte, que la blanca silueta de aquella mujer proyecta eterna sombra sobre sus jueces y sobre el pueblo que aplaudió la degollación y danzó alrededor del patíbulo. Siempre que pensamos en María Antonieta, la vemos en esa hora decisiva, de blanco, pálida, con los brazos atados atrás, erguida en la carreta y diciendo al verdugo: "Date prisa, que vas á

poner fin á mis males." Sin embargo, estas supremas catástrofes tienen precedentes más curiosos, más instructivos que la catástrofe misma. El amargo fin de María Antonieta fué resultado del odio del pueblo; lo interesante es observar los orígenes de ese odio feroz, implacable y mortal.

En efecto, María Antonieta, en los albores de su reinado, ó, por mejor decir, de su consorcio regio, era un ídolo popular, un ángel de paz, un sueño de ternura. ¿Cómo pasó de adorada á maldecida? Los años verdaderamente significativos é instructivos de la existencia de María son los de su juventud, y enseñan, más que la inestabilidad de los pueblos, el exquisito cuidado con que deben los reyes contar las pulsaciones del corazón de las muchedumbres, y atemperar su conducta á las necesidades de la época en que les tocó ceñir corona.

Cuando subieron al trono el delfín Luis y la hija de los Césares, el pueblo vió en ellos dulcísima esperanza. Al desenfrenado libertinaje y á la estéril mogigatería de los anteriores reinados, sucedían la concordia

y el afecto en el hogar, y la franca sencillez de una parejita de reyes de veinte años; á un monarca sin conciencia, otro que tenía por característica la honradez y la buena intención. Noble y humano el rey; la reina gentil, graciosa, alegre, cuando salían juntos, á pie, familiarmente, sin el gótico aparato de carrozas de que nunca prescindía la corte de Luis XV, la más aclamada es María Antonieta, que roba las almas con su beldad. En la representación de *Ifigenia en Aulida*, de Gluck, los espectadores repiten el coro "Cantemos, celebremos á nuestra soberana," y delirantes de entusiasmo, tienden los brazos al palco regio. María Antonieta, conmovida, empapa en llanto su riquísimo pañuelo de encaje...

Las aclamaciones, los halagos, la atmósfera de simpatía, engañan á la joven reina, que, inocente y descuidada, cree ver abierto el camino entre doble seto de rosas. Empieza por malquistarse inadvertidamente con sus cuñadas y tías, y con sus cuñados los príncipes de la casa real; les trata con altivez, marcando la distancia gerárquica, y de

la parentela — como siempre — salen los primeros chismes, las tempranas murmuraciones que empañan el terso cristal de la honra y fama de la reina. Es menos que nada; una *auretta*, un *venticello*... el soplo de la calumnia, que pasa rasando la tierra y presagando el ciclón. Un sentimiento muy loable, pero del orden privado, la gratitud que María Antonieta se empeña en cultivar á expensas del reino, solicitando inoportunamente el poder para Choiseul, autor de su boda, y combatiendo al duque de Aiguillon, la mezcla sin pensarlo en las luchas de la ambición política. Poco después llega á París un hermano de la reina, el archiduque Maximiliano, y en medio de la escasez y penuria que empieza á dejarse sentir, se derrochan centenares de miles de francos en festejar al archiduque. *Pequeñeces*, ¿no es verdad? Hay momentos en que las pequeñeces pueden costar la cabeza.

El embajador de Francia en Inglaterra es hechura de María. De pronto se descubre que, embajador y todo, se dedica bonitamente al matute. El Parlamento forma causa al in-

fractor de las leyes: la reina se interpone, y es absuelto. No contenta con que salga libre, la reina persigue á los denunciadores. Guerra de escaramuza, apasionada, femenil. Los comentarios rebasan ya del círculo de la corte: la opinión se indigna: por vez primera, al ser confinado Aiguillon en castigo de oponerse al embajador, óyese resonar la frase "derechos del ciudadano."

La antipatía, como negra nube, rodea á María Antonieta, aun antes de aparecer en escena la Polignac. Trábase estrecha amistad entre esta dama y la reina. Mujeres de bien las dos, y al propio tiempo jóvenes y risueñas, fustigan con desdeñosa burla á ciertas damas de la corte, fieles todavía al estilo galante de Luis XV. Y las ridiculizadas se vengan esparciendo horrores. Empiezan á correr de boca en boca coplillas y epigramas: "literatura de salón que apesta á fango callejero,"—dice enérgicamente un autor francés.—Todo es delito en la reina: sus años mozos, que la impulsan á divertirse, reír, chancearse y bailar; las modas caprichosas y artísticas que luce, los tocados de pluma

que ostenta, mientras el pueblo sufre las angustias de la carestía; su afición á la música; sus humoradas de careta y dominó; su mismo retrato, el bello retrato obra de la Lebrún. La esperanza de la nación está puesta en un ministro. Turgot, hombre de iniciativa fecunda, resuelto á arreglar la cuestión de Hacienda; pero ¡oh fatalidad! la reina guarda cierto rencorcillo á Turgot, y Turgot cae. El hambre y la ruina se ciernen otra vez sobre Francia. Cuando la reina se deja ver en la Opera, en vez de aplausos la acoge hostil silencio.

La cuestión de sucesión en Baviera hace surgir la acusación más grave y terrible contra María Antonieta, patentizando que la reina de Francia es patriota, muy patriota, sí... pero patriota de su tierra natal, del imperio austriaco. "La austriaca," comienzan á llamarla entonces, y ese nombre no lo perderá nunca: será la imprecación con que la abofeteará el populacho: será el canto fúnebre que oirá al pie de la guillotina.

El vacío se forma alrededor de la reina. Ya nadie concurre á las fiestas de Versalles;

sólo queda alrededor de María el círculo de amigas íntimas, que no la abandonan. Entonces la esposa del rey conoce su yerro; quiere repararlo, manifestando atención y cortesía, no mofándose de nadie, tratando con miramiento á los nobles de cepa vieja, á los políticos, á los sabios, hasta á las rancias cortesanas de Luis XV. Es tarde. La electricidad acumulada en la atmósfera tiene que determinar el rayo, y el rayo es el escándalo, terror de nuestras sociedades modernas; el rayo, para María, es una hilada de soberbias piedras, que acaso al rayo deben su origen: una *riviére* de brillantes: el *collar*.

El día solemne de la apertura de los Estados generales, María Antonieta, que desde hacía tiempo no se presentaba en público, entregada á sus deberes de excelente y apasionada madre, oyó por primera vez el grito más siniestro que puede lanzar el odio: el que brota de la garganta de la mujer. Las parisienses, al ver pasar á la reina, aprietan los puños, echan chispas por los ojos, y exclaman roncas de ira: "Viva el duque de Orleans." María Antonieta palidece y cae des-

mayada. Aquel *viva* es un *muera* para ella y sus hijos.

No cometió la infeliz más falta que haberse sentado en el trono como quien se sienta en un sofá de seda ó en un banquillo de césped, para departir con amigos, riendo, bromeando, interesándose por éste, comentando maliciosamente las ridiculeces de aquél, tomando partido por unos contra otros. Y en el trono se ha de estar como en el sitial de un templo: derecho, grave, encomendándose á Dios.

MINIATURA

A veces el escritor no puede definir los sentimientos que guían su pluma. En la compasión hay algo de irracional é instintivo. De cierto, entre las figuras históricas cuyo recuerdo evoca la memorable fecha del *Centenario rojo*, una de las peor tratadas suele ser la Dubarry, favorita de Luis XV y última favorita real; única mujer de Francia que tembló, lloró y suplicó al pisar la plataforma de la guillotina. Y para mi alma pia-

dosa, esa misma debilidad, ese invencible horror de la muerte, esas desesperadas súplicas al verdugo, esa flaqueza, más que femenil, infantil, son base de un interés que no aspiro á justificar... ¿acaso se razona la lástima? Sentimiento obscuro, reside en las entrañas de nuestro ser y resiste, como otros muchos, al análisis.

Algunas veces se me figura que, cual á Friné el Areópago griego, perdono á Juana Vaubernier por su incomparable hermosura.

Ni María Antonieta, que era más airosa y gallarda que bella; ni la Lamballe, que á lo sumo fué bonita; ni la enérgica y atractiva Roland, semejante á la Julia de Rousseau; ni ninguna, en fin, de las víctimas ilustres de la revolución, puede compararse (á juzgar por los retratos) á la Dubarry.

La Dubarry es verdaderamente ideal. El grabado que tengo á la vista, y que está tomado del cuadro de Drouais, la representa como de unos veinticuatro á veinticinco años de edad, vestida con el gracioso traje masculino, el uniforme de *chêvau léger* que

llevaba á las cacerías (es de advertir que el grabado no llega más que hasta la cintura), traje compuesto de casaca militar y chaleco entreabierto, que deja adivinar unas formas delicadísimas, prolongadas, sin asomo de sensualidad, una tabla de pecho candorosa y pura. La casaca tiene su vuelta ó solapa con ojales y botones; el cuello de encaje (que arranca de la camisa de batista), flota descubriendo la garganta y desciende en ondulante chorrera á los dos lados de la abertura del chaleco.

El peinado, masculino también, se reduce á una serie de *baterías* hechas con el mismo cabello remangado y empolvado, y una coleta que ata sencillo lazo de cinta negra. Ni más ni menos; ni una joya, ni pendientes, ni faralaes, ni escotes, ni sedas, ni flores; nada, nada más que una belleza divina realizada por la más idílica y suprema sencillez, por el más femenino de los trajes de hombre.

Lo que caracteriza en este retrato la fisonomía de la Dubarry, es la ausencia completa de materialidad; es un espiritualismo voluptuoso, propio de la época, que era en todo

exquisita, muelle, afeminada, á lo Watteau.

La cara es inteligente, pero sin la menor dureza; los ojos grandisimos, de admirable forma, melancólicos y dulces; el diseño de la faz, oval y perfecto; virginales la barbilla y el pescuezo (dos regiones tan deladoras y expresivas en la mujer), las cejas, un milagro de corrección; la frente nítida y lisa, un cielo; la nariz y la boca, deliciosamente formadas, nobles por la distancia que las separa, aristocráticas sin altanería, llenas —si así puede decirse— de benignidad columbina, amorosa. Todas las líneas del cuerpo tienen la ondulación y la elegante languidez del cisne. Sobre todo, el pescuezo—aquél que segó la media luna de la guillotina,— es una torneada columna de marfil.

Su hermosura tenía una nota singular y fascinadora: la Dubarry era á un mismo tiempo rubia y morena, como lo era también, según las coplas populares, la Padilla, que enloqueció al rey D. Pedro.

Las cejas y las pestañas negras daban penetrante y embriagadora profundidad á los ojos azules: el pelo era de un tono cenicien-

to lleno de cambiantes al sol. La tez tenía el blanco mate y tierno de las conchas de nácar, y sólo una ligera pincelada rosada en las mejillas—hoja de rosa en taza de leche, solían decir.— Cerca de la boca realzaban este cutis de capullo-Malmaison dos ó tres lunares de terciopelo (*moscas*) que travesaban hacia la barba. Uno se destacaba sobre la bruñida frente.

La expresión era de pueril candor y ensoñadora ternura. Uno de los primeros enamorados de la Dubarry, aquel Duval para quien ella misma dibujó su retrato, lo reprodujo en caracteres de fuego, al describir el rostro en que todo inspira amor; los lindos cabellos ondeados; los ojos de zafiro, de ancho párpado; la mirada "que penetra hasta el alma," la boca "burlona y llena de entendimiento," y, en suma, los encantos de aquella sirena de quien se recreaba, más aún que los sentidos, el corazón. No es extraño que Luis XV, aunque viejo y cansado cuando la conocí, sintiese por ella toda la ilusión de la mocedad y derrochase á manos llenas el oro y los diamantes para bruñir y realzar el marco de

tan divina miniatura. El poder de la belleza perfectísima de Juana Vaubernier tenía que reforzarse con la comparación, si Luis XV recordaba la larga esclavitud á que le sujetara una mujer como la Pompadour, cuya imagen,—no en miniatura, sino al agua fuerte,—nos legó la terrible marquesa de Créquy, “Era—dice—una personilla exigua, con ojos azulados y mortecinos, pelo amarillento—del mismo tono de su tez,—por lo cual el luto riguroso, sin colorete ni blanquete, la precipitaba contra un escollo fatal.”

“Tenía las pestañas ralas, cortas y desiguales; en el sitio de las cejas dos manchas rojas, y los dientes eran pedazos de marfil engarzados en hilillo de oro, de esos dientes que se adquieren por un rollo de doblones. Sus manos eran rechonchas, innobles; sus pies encogidos y vueltos hacia fuera, como los de los chinos, y por contera tenía el aspecto enfermizo, la traza angustiada, la frase tristoná. ¿Quién la tomaría por la idolatrada favorita del mayor monarca de la tierra?”

¿No es cierto—pregunto yo,—que puede

sorprender el contraste entre la Pompadour y la Dubarry á los que al solo nombre de *favorita* ya creen estar viendo un acabado tipo de hermosura, gracia y hechizo?

Como los grandes artistas, como los inventores, como los genios de la guerra, escasean las perfectas beldades, y la Dubarry era una de esas obras maestras que crea la naturaleza en momentos de inspiración.

